

LOS ORÍGENES DE LA HISTORIA URBANA EN COLOMBIA

The Origins Of Urban History In Colombia

Félix Raúl Martínez Cleves

Universidad del Tolima (Colombia)

frmartinez@ut.edu.co

Resumen

El presente artículo tiene como finalidad la de contribuir en las discusiones propias de la historia urbana, desde el análisis de las historias de ciudades escritas en Colombia durante el siglo XIX, y que serían un tipo de "protohistoria urbana", como lo supuso Carlos Sambricio para otro caso. Estos textos han sido continuamente considerados como "fuentes" y escasamente como escrituras que contienen ideas de ciudad y del pasado. Para ello, se busca identificar el lugar de producción de quienes escriben dichos textos, las motivaciones para emprender un viaje y más tarde dejarlas consignadas en sus "memorias". Para finalmente, aproximarse a la estructura de los textos en mención y algunas tipologías urbanas contenidas en ellos.

Palabras-clave

Escritura, peregrinación, viajeros, memorias, experiencia, tipologías urbanas.

Abstract

This article is intended to contribute in discussions specific to urban history, from the analysis of histories written cities in Colombia during the nineteenth century, and that would be a kind of "urban early history", as represented Carlos Sambricio for another case. These texts have been continuously considered "sources" and sparsely as writings that contain ideas and past city. To do this, is to identify the place of production of those writing these texts, the motivations to undertake a journey and leave later recorded in his "memoirs". To finally approach the structure of the texts in question and some urban typologies contained therein.

Keywords

Writing, pilgrimage, travelers, memories, experience, urban typologies

Los autores: entre *pepitos* y *cachacos*



Figura 1: "Lección a un extranjero en París".
Fuente: Biblioteca Nacional de Francia (en línea).

La imagen "Lección a un extranjero o un inglés en París", muestra un *dandi*¹, un viajero, un extranjero, que tiene una de sus manos en el pecho de la mujer francesa, sin que ella oponga resistencia alguna. Mientras tanto, otras dos mujeres vacían sus bolsillos. Esta imagen que antecede la desilusión del *dandi* –que también hubiera podido ser latinoamericano-, anuncia el rencor que pronto aparecerá contra París. Estas mujeres sintetizan el objeto del deseo y la consecuencia de intentar alcanzarlo por parte de los viajeros colombianos, quienes recorren largas distancias con la seguridad de obtenerlo. Pretenden estos viajeros beber del seno de la madre, que tanto han anhelado tras extensas lecturas. En particular una, la obra de 1811 de Chateaubriand "Itinerario de París a Jerusalén", constantemente citado como modelo de viaje. Pero ¿quién es ese

¹ El término *dandi*, procede del inglés *dandi*, con el cual se hacía referencia desde el siglo XVIII a un hombre que cuidaba de sobremana su apariencia física, el uso de su lenguaje y el conjunto de sus comportamientos. El término cobra fuerza en su utilización en Francia en el siglo XIX, hasta el punto de ser referentes de diversos escritores. De estas dos presencias, es de donde fue tomado por individuos colombianos. Ver: <http://www.rae.es/rae.html>; Enciclopedia Británica. Versión en línea: <http://www.britannica.com>.

dandi insolente, que busca tomar lo que no es suyo? ¿Por qué empezar así una presentación dedicada a dar cuenta de algunos de los orígenes de la historia urbana o la historia de ciudades en Colombia?

Aquellos *dandis*, entrenados en las ciudades latinoamericanas, durante o de manera posterior a sus viajes, escribieron unos textos en los cuales dan cuenta de sus experiencias. El conjunto de esas vivencias se desarrolla mayoritariamente en las urbes europeas, aunque durante los recorridos quedaron *consignadas* algunas urbes americanas. Carlos Sambricio (1996) ha sostenido que para el caso español los primeros antecedentes de algo que pueda llamarse historia urbana se hallan justamente en estos relatos. Sambricio considera que la aparición de esos textos resulta de la revaloración del pasado arquitectónico –un tipo de “proto-historia urbana”–, por parte de burgueses interesados en usos del suelo de los centros de las ciudades. Se trata, considera el autor, del uso de la imagen de la ciudad antigua para la construcción del urbanismo ilustrado, en medio de una contradicción entre conservar ciertas áreas y ensanchar el conjunto urbano. Los textos de los viajeros latinoamericanos, en este caso particular, los colombianos, no son producto de los intereses similares a los burgueses antes referidos. En cambio, se constituyen en unos esfuerzos no solo por dar cuenta del “progreso y la civilización”, así como también de excusa para publicitar el país (MARTÍNEZ, 2001), sino para narrar el pasado de las ciudades visitadas, en particular, París. Estos textos han sido utilizados de diversas maneras, desde las más básicas, como fuentes documentales (TORRE, 2003), hasta análisis de mayor elaboración como las formas del yo, que de manera reciente viene interrogando la literatura (ACOSTA; ALZATE, 2010). En nuestro caso estas “fuentes” constituyen uno de los primeros ejercicios historiográficos, en particular en lo que respecta a las historias de las ciudades.

Los escritores de los indicados textos corresponden no solo a la categoría de viajero y su correlación directa a una elite. Esa es en buena parte la descripción que por ejemplo hace de ellos Frédéric Martínez, una indicación común y en buena parte insuficiente, pues se da por hecho el lugar de producción, sin que ello implique mayor análisis. Esos viajeros, que se asemejan a la figura del *dandi* descrita por Charles Baudelaire, y luego tomada por autores como Walter Benjamin, poseen su referencia local, el *pepito*. Todavía no es clara la razón por la cual se nombra de esa manera al personaje que comienza a proliferar a mediados del siglo XIX. Según José María Vergara y Vergara (1947), se trata de un personaje que procurando utilizar moda y formas de

comportamiento francés, pretende deshacerse de su lastre, la de "cosechero enriquecido". Este *dandi* criollo se contrapone al *cachaco*, identificación del habitante bogotano radicado en la vida y costumbres de la Santafé colonial, para quien según observa Vergara y Vergara sufre un duro revés en el escenario temporal de 1848-1849.² Para este autor conservador esas fechas significan el fin de la Bogotá colonial tras los sucesos que termina por llevar al poder a José Hilario López y la apertura a la influencia francesa, que tantas prevenciones produjo dado el alzamiento parisino de 1848.

Para Tocqueville (1994, pp. 87-89), las ciudades, y en particular París, sintetizaban el caos, la sangre y el posicionamiento de las ideas socialistas, que tanto lo aterraban del tránsito por aquel febrero de 1848. Además, que para él no contaban con ninguna justificación política, sino que se trataba de un hecho asociado a la codicia y la envidia, que terminaba por derrumbar el aprecio por la libertad y abrir la puerta al miedo. Semejante idea se gestaba tanto los viajeros como los lectores colombianos que veían con profunda preocupación ese levantamiento. A ello le sumamos que, una sensación en algo similar se gestó con la elección de José Hilario López en 1849. Por un lado, se edificó la imagen de una situación violenta que terminó por presionar la elección de López. Por otro, sirvió de caballo de batalla o excusa para los antecedentes a la guerra civil de 1851, la abstención conservadora de 1852, la constitución de 1853 y el contragolpe en 1854. En resumen, 1849 visibilizaría tanto las reformas del orden liberal, la consolidación de los partidos políticos, el crecimiento de las sociedades democráticas, como la posibilidad de que las turbas se levantarán y provocaran el vertimiento de sangre de manera similar a la descrita por Tocqueville. Pero a semejante imagen debe tenerse en cuenta que la mayoría de los viajeros que refieren el caso de 1849, muy pocos eran proclives a la figura de José Hilario López y por ende a 1849. De allí, cuando menos en parte, que se le asocie a un tipo de corte en el flujo que provenía de la Colonia y que podía observarse en la imagen del *pepito* en contraposición al *cachaco*³.

² Para Vergara y Vergara existe un cambio entre la Santafé de 1813 y la Bogotá de 1866, ejemplificada en sus gustos y estos a su vez en las bebidas de moda (chocolate, café y té), los cuales pasan de la elegancia a la pobreza y de allí a la indecencia, producto de influencias extranjeras –principalmente las francesas. (VERGARA Y VERGARA, 1967, pp. 9-40).

³ Tal y como en el caso del *dandi*, el término *cachaco* se utiliza para referirse especialmente a individuos radicados en Bogotá, que se caracterizaban por su elegancia y sus comportamientos, será utilizado como una figura. Ver: <http://www.rae.es/rae.html>.

Aquel *cachaco* se diferencia sustancialmente del *pepito* en la frecuencia y el uso de los espacios públicos, pues aunque es un "tipo simpático", como lo muestra Emiro Kastos (1858), termina opacado con el despliegue de los gustos que hace el *dandi* local. Este último es un tipo sin mayores necesidades, su familia es comúnmente solvente, gracias a las producciones agrícolas que él olvida. Esto le permite levantarse tarde (10:00 a.m.), debido a que se acuesta pasada la medianoche; lo primero que hace es leer, particularmente literatura romántica francesa, y continúa con el almuerzo, todo asemejando los gustos franceses. Mientras esperan la herencia, se aburren y por ello sueñan con viajar, con el único propósito inicial de "emocionarse", no les basta leer a Dumas o Lemartine, mientras eso ocurre, gastan en vestidos (franceses), libros, perfumes, hasta llenarse de "colgandijos", y fiestas. Son justamente estas últimas donde mejor se mueven, pues este tipo de espacios los considera, junto con los artículos de prensa que publican –dedicados a temas internacionales–, las formas para sentirse libres. Porque también allí pueden exponer sus dotes de conquistadores y poetas aficionados, para enamorar a las jovencitas.

"Son como adolescentes", decía Kastos (1858), y probablemente tenía razón, porque les hacía falta algo, desprenderse de la madre (patria) para conocer otros mundos, aunque sin hacerlo del todo. Para muchos, particularmente para los *cachacos*, los *pepitos* no hacen otra cosa que "disfrazarse". Ello corresponde a un tipo de entrenamiento que desarrollan en Bogotá para moverse con mayor holgura en Europa. Usan el "disfraz" para procurar borrar su procedencia, primero la campesina en Bogotá, luego la americana en París. La ruana se ha sustituido por un saco, el sombrero ahora de copa y los libros le ofrecen el principal elemento diferenciador al joven, más como lujo que como promoción de las ciencias. Emiro Kastos, indicaba que en medio de los mendigos, vergonzantes, rateros, ebrios, leprosos, holgazanes y locos, estaban estos *pepitos* para quienes el "lujo es casi un deber" (KASTOS, citado por LARA, 1998, p.109).

Este "cosechero enriquecido" camina sin mayor afán a llevar su hijo al colegio. En tanto, un mayordomo lo sustituía en la dirección de sus propiedades y recogía los insumos para sustituir el bagre y el plátano, por otros alimentos, y suministrar el dinero para adquirir el vino francés y toda clase de gustos que el dinero pudiera permitir. Se trata de un entrenamiento que se llena de experiencias en el marco de un espacio urbano particular, Bogotá. Porque así como lo ha considerado Sennett, guiado por Balzac, "un campesino cree solamente en lo que observa", mientras que un urbanita "está dispuesto

a creer solo en aquello que puede imaginar acerca de los modos de vida y las personas de las que todavía no tiene experiencia concreta" (SENNETT, 2011). Y es que aun el aburrimiento y el soñar en recorrer las tierras más exóticas, de allí que, la figura de Nicolás Tanco Armero se convierta en el ideal a seguir, el conjunto de esas vivencias les servirá de *haber-previo*. Ese es el punto desde el cual se organizará todo el mundo que observa, contribuye en la discriminación de los elementos observados y afecta las características de la escritura. Como jóvenes que son los viajeros, adquieren su madurez en esa triple condición de *pepito*, extranjero en Europa y narrador de esos escenarios para sus lectores colombianos y latinoamericanos. En este sentido, pretenden incluirse fácilmente en la sociedad parisina, pero, como lo indicara Tanco Armero (1862, pp. 155 y ss.), difícilmente lo logran.⁴ Igualmente, pretenden que el ritmo de vida llevado en Bogotá continúe en París: caminatas, presencia repetida en bailes, visita a espacios públicos (cafés, teatros, parques y calles, principalmente). Pero semejantes condiciones que para el autor decimonónico corresponden a un "mentecato", eran para la mayoría de ellos un ejercicio propio de un peregrino.

La peregrinación

La percepción de sí mismo de los *pepitos* viajeros es la de un peregrinar. Se muestran como penitentes, que deben repetir caminos ya recorridos, ante algo que no se ha alcanzado. Una y otra vez caminan senderos ya transitados por otros, pero de los que suponen no se tiene idea. Zygmunt Bauman (2003) ha considerado que la vida moderna puede entenderse como un peregrinar, sin que ello implique que sea una invención suya, pues la figura del peregrino "es tan antigua como la cristiandad". Felipe Pérez (1946) considera que la tarea del viajero era efectivamente la de un errante, para el cual su único oficio era "andar, andar". Porque como lo indicaba Bauman la verdad para los cristianos siempre está en otra parte, provocando una discordia entre el aquí/ahora y el "verdadero mundo" o lugar, que tanto desvelaban a los *pepitos* anclados en Bogotá y tan notable en sus propios relatos de viaje tras partir de la capital colombiana. Lo problemático resulta tras alcanzar ese lugar tantas veces deseado y prometido, porque siempre para el peregrino habrá un lugar más allá. Entonces, aparece la desilusión y con ella un rencor.

⁴ Las principales motivaciones para viajar eran estudiar, comerciar, ejercer la diplomacia, realizar visitas movidos por la curiosidad y participar en las exposiciones universales. Ver: MARTINEZ, 2001,

Uno de los primeros elementos urbanos de las ciudades que observan los *pepitos* son las calles. Y ello se debe justamente a esa condición de peregrino que reiteran en sus textos. Para Bauman, los únicos espacios que adquieren sentido para los peregrinos son precisamente las calles, pues ellas ofrecen la sensación de movimiento. Pero el sentimiento de desamparo que caracteriza al cristiano, procura ser resuelto, al menos parcialmente, buscando por parte de los viajeros los mejores hoteles en lo que respecta a la atención.⁵ En esos hoteles se halla un tipo de morada, un hogar del ser, frente a la desnudez que puede implicar la separación del lugar materno, frente al sentimiento de desamparo común entre los viajeros. Se paga en esos lugares por el cuidado, en eso son reiterativos los viajeros, quieren que se les cuide, que se les mire. En el hotel entonces aparece la posibilidad de amparo, en medio del confort, aunque no por eso se enclaustran en sus habitaciones, sino que esa seguridad les permitió salir y enfrentarse a esas ciudades con la certeza de que una morada les aguarda.

A diferencia del peregrino descrito por Bauman, que escoge el desierto para evitar las distracciones urbanas, el *pepito* camina hacia la *capital del mundo*, para contribuir en la gestación de una familia globalizada, asemejándose al apóstol Pablo, el viajero (FOMBONA, 2010, p. 129). Tampoco va a perder su identidad, sino que al contrario, se tratan de adolescentes que a lo largo de sus periplos, como se deja entrever en sus textos, procuran su autoconstrucción, el encuentro con su yo, que como sostiene Acosta (ACOSTA; ALZATE, 2010), se concreta en la escritura. Ella –la escritura– es un medio al mismo tiempo que deja constancia de madurez. Como en el texto “El viajero” de José Joaquín Borda, ese muchacho insolente regresa hecho todo un hombre y como evidencia de ello se integra a la vida política del país; aspecto recurrente en la mayoría de las vidas de los viajeros. Así como los señalamientos del introductor de la obra de Tanco, José María Moure, quien nota el proceso de maduramiento que el autor sufre a lo largo de las páginas.

En lo que si concuerda la condición de peregrino indicada por Agustín y ampliada por Bauman, es en la de no quedarse quieto. Prácticamente todos los textos coinciden en el movimiento. No tarda el *pepito* en arribar al hotel y pronto salir a recorrer las calles, visitar monumentos, participar en bailes, en fin, extasiarse de esa luz alcanzada a través de la acción de su cuerpo. Hasta el punto de que los avances técnicos en los transportes les motivan a visitar otras ciudades, siempre regresando a París. Este movimiento es

⁵ Ver al respecto de la morada entre otros: (HEIDEGGER, 1994).

producto de la continua insatisfacción del peregrino, nada le satisface, pues como sostuviera Freud (1920) existe un desequilibrio entre la demanda de satisfacción y lo obtenido tras esa demanda. Que según Bauman termina por hacer del peregrinar una obligación, y no una opción, en el mundo moderno. Aunque también porque según la indicación agustiniana de recorrer el tiempo, el espacio aparece entonces como una función del tiempo mismo. En este sentido, la distancia (espacial) no es otra cosa que una espera, un padecimiento, que resulta ser más intenso cuanto más lejano se esté del lugar (temporal o espacial) anhelado. A lo cual debe sumarse la deuda dejada con los seres amados ante su ausencia. De esta manera, el recorrido por el río Magdalena es un conjunto de formas del padecer en el que pareciera que todo el mundo está contra el peregrino. Por eso "el más extravagante de los caprichos", como lo llama Felipe Pérez (1946, p. 47), es un ejercicio en solitario. Cuando menos narrativamente así se presenta, como si viajara solo y así tuviera que enfrentar esas adversidades, gracias en buena parte al autorreconocimiento como extraños.⁶ En muchas de las ocasiones se presentan personajes de diferentes procedencias, solamente con la intención de sugerir una idea cosmopolita de su peregrinar y justificar una de las intenciones del viaje, publicitar el país. Pero al aproximarse a la luz emanada de París, no solo los transportes mejoran, sino que este padecimiento disminuye en intensidad. Las aduanas y estaciones dejarán de ser un martirio para constituirse en señales de aquel faro que aguarda en Francia, y las esperas, en momentos de contemplación.

El encuentro con el yo por parte del viajero, el uso de la escritura para ello y el viaje en sí mismo, le significaron a ese *pepito* constituirse en un hombre moderno. Y es justamente esta condición el soporte para procesos posteriores de modernización. No se trató solamente de importar ideas de "mejoramiento" material en el caso de las ciudades, radicadas en experiencias civilizadoras, sino que ello implicó la aproximación a ese hombre moderno, acercamiento que se hacía dirigiéndose a los escenarios urbanos, norteamericanos y europeos, en donde esperaba satisfacerse. Al mismo tiempo, significaba hallar un sentido antes inexistente, con el hallazgo del futuro que tanto se divisa en los textos de estos viajeros. Porque aun la crítica a su terruño, hacia él estaban dirigidas todas sus observaciones de las urbes europeas. Para Bauman ese mundo del peregrino requería ser ordenado. Las huellas debían conservarse para dar seguridad. Y

⁶ Ese es entre otros, el caso de José María Samper, quien aunque viaja con su esposa Soledad Acosta, su suegra y sus dos hijas, a lo largo de su texto siquiera aparece unas cuantas veces la señora Acosta y eso como cualquier otro personaje de la travesía al que se interroga o comenta sobre alguna eventualidad.

eso sucede tanto con las reiteraciones al punto de partida, en particular Bogotá, como con los esfuerzos por narrar la historia de cada una de las ciudades visitadas, que actuando como objeto/personaje, ofrecían justamente la seguridad de que ese camino recorrido era el correcto, conduciendo al progreso.

El futuro del pasado

El viajero colombiano va con las ideas de “investigar” y ser “revelador del progreso”, como sostiene Samper (1862), de “ver” y “estudiar”, como lo indica Pérez, o “una guía que no les dejará extraviar” que “con una variada y amena erudición les irá instruyendo en su camino”, como en Tanco Armero.⁷ De allí, la importancia de primer orden que le ofrece a la necesidad de conocer la historia de las ciudades que visitan, aunque en particular la de París, en la medida que ella era asociada a una que se persigue. No se trata de una mera relación periferia-centro. En cambio, ese centro se sacraliza, de allí el peregrinaje. Porque la ciudad es como sostiene Rykwert (1988), un símbolo paterno (de los ancestros). No es casual que las ciudades colombianas y en especial Bogotá, como principal punto de partida, se asocie a la madre. Mientras que en París estaban los padres.

Tras la exuberancia que resultan los espacios urbanos de París y la necesidad de observarlos de cerca como evidencias del progreso, se descubren la personalidad de los “grandes” autores, la miseria urbana y a ellos mismos. La mayoría se desilusiona, esa es la pena del peregrino, que aun cuando querrá seguir caminando, ya no tiene a donde más ir. Son excepcionales los casos de quienes viajan a África o Asia. El regreso se hizo inminente. Pero no volverán siendo los mismos, no solo han madurado luego de ver el cielo, y con esa tarea cumplida se convirtieron en paseantes, en caminantes urbanos⁸. Ya en Bogotá, sin ningún lugar a donde ir, buscarán volver sobre sus huellas. Esas que dejaron en el viejo mundo, las que el viejo mundo marcó en ellos, y que se grabaron con la escritura. La historia de cada una de las ciudades que narraron en sus textos les servirá para justificar sus ideas de transformar materialmente las ciudades, en este caso

⁷ Fombona indica que el “modelo tradicional de texto de viaje” es un comentario a un itinerario, el cual constituye un género literario que busca y promete utilidad real para los lectores, al mismo tiempo que el escritor evita indicar el propósito del viaje. FOMBONA, 2010, p.119-121. Para Acosta se integra la tradición romántica de varios de los autores con las problemáticas respecto al progreso. ACOSTA, 2010.

⁸ Los caminantes urbanos son muchos más que solamente los *dandis*, a estos últimos se pueden sumar mendigos, prostitutas, gamines y hasta los perros. Ver sexto cuadro.

colombianas. Buscarán hacer un tipo de mimesis, en donde se pretende que las urbes se parezcan a la ciudad original que ahora tienen en su cabeza y gracias a sus experiencias. La Santafé que dejaron se ha mezclado, con la París que los deslumbró. Esa Santafé que correspondía al sueño urbano implantado en América, la Nueva Jerusalén hecha realidad, será remplazada por París. Semejante sustitución no implica de ninguna manera el borrado completo, más bien funciona como una tachadura, una nueva escritura sobre una ya existente.⁹

Esa escritura se interesa por variados temas, en su conjunto asociados a los ideales de progreso y civilización. Empero, ellos se desarrollan de una manera más o menos común en espacios urbanos, escenario que como dijimos es el punto de llegada de la peregrinación, pero también el elemento central en donde recaen las comparaciones. Ya que aún las preocupaciones por la política o la economía, ellas se radican en los problemas o avances propios de las ciudades, bien del país dejado, bien desde las nuevas tierras. Para Acosta (2010), viajar implicaba leer y escribir, y diríamos con varios de los viajeros, que también morir. En todos los casos, la relación entre los tres es latente. Ha sostenido Michel de Certeau (1993a) que la escritura es una "tumba", un "lugar para los muertos", la manera de procurar saldar una deuda ante las ausencias. Al regresar, París ya no está sino en los textos, sin embargo, estos edifican un sistema de significaciones radicado en las experiencias urbanas que los viajeros han tenido. Las cuales –las experiencias– son organizadas a partir de la cita a la historia de cada centro urbano, a partir de un lugar particular dado por la filiación partidista y/o la condición social, desde el que se hace referencia a lo que ya no está. Las urbes europeas no *son* visitadas, sino que *fueron* visitadas. Existe una diferencia que los textos procuran ocupar con el intento del uso del tiempo presente. Pero como en la indicación freudiana, el pasado busca regresar y diríamos que lo que se pone en juego de manera posterior con los inicios de modernización material de las ciudades colombianas es el futuro del pasado –del pasado de cada una de esas urbes narrado en los libros de los viajeros.

⁹“La escritura fue para el viajero una necesidad. Desde el título convoca una serie de historias, extraídas de una secuencia de hechos que tienen que ver con la construcción de relatos, con historias propias y de otros. Cada episodio, con un carácter individual, se constituye en aspecto secundario del relato mayor, el viaje, que aparece como fondo general proyectado frente a dos situaciones: la miseria de estar lejos del hogar y, a la vez, las miserias del siglo XIX.” (ACOSTA, 2010, p. 101).

Pero estos juegos con los tiempos se ajustan a la indicación agustiniana de peregrino, por razón a que erran por el tiempo. Ese errar se organiza de tal manera que pueda ser "descifrado" por quienes saben leer. Tenemos entonces ante nosotros unas "fuentes" que nos hablan de las travesías, al mismo tiempo que un cuerpo –un viaje- que se considerara como "real". Y no porque no lo sea, sino porque su ordenación tiene ese efecto. Tanto para Ricoeur (2006), como de Certeau (1993a), el relato es un guardián del tiempo, y eso lo entendían los autores, no tanto porque guardaran sus propias huellas, también porque conservaban la ruta en que el progreso y la civilización habían sido posibles. Y ello se expresaba en lo que se escribe y el cómo se escribía esas narraciones. Ricoeur (2006) coincide interesantemente con las preocupaciones de los viajeros en la mayoría de las introducciones o prefacios, en lo correspondiente a la tensión sucedida entre la identidad narrativa y la ambición de verdad, que para el autor francés se resuelve con los usos de la poética. Un camino similar utilizaron los viajeros para afrontar el inconveniente, pues no solo recurrieron a las cronologías, las temporalidades de los verbos. Sino que se apoyaron en el pasado de los espacios visitados como constatación –además de transiciones en las emociones de acuerdo con la pretensión del autor por llamar la atención en alguno de los elementos del conjunto urbano. Y es que en efecto la narración era el camino para mediar entre el espacio de experiencia y el horizonte de expectativa, indispensable, según Ricoeur para "hacer la historia". En otras palabras, la escritura permitía que las vivencias anteriores llevadas a cabo en las ciudades colombianas desde donde partían, sumadas a las logradas en los nuevos espacios urbanos, se asociaran con su objetivo de que eso visto en Europa pudiera ser desarrollado en Colombia. Coincidían esos autores en hacer un fuerte y reiterativo llamado a que esos ejemplos mostrados fueran el resultado del pasado y la posibilidad de aprendizaje para el futuro propio.

La ciudad de la infancia

La experiencia no es exclusiva de los recuerdos, del hacernos presentes cosas que ya no están, también de una primera percepción en la que se desborda, en este caso, sobre los espacios o equipamientos urbanos, un torrente de experiencias anteriores -no es casual que los textos estén estructurados a partir de vivencias ("episodios"), seguramente también haciendo "competencia" a los cuadros de costumbres que

comenzaron a publicarse desde mediados del siglo XIX.¹⁰ Esto implica que aun la diferencia entre las ciudades, la vivencia en ellas tendrá como punto de partida la urbe donde nos hicimos urbanitas. Esa primera urbe se constituye entonces en la morada desde la cual nos distinguimos, al mismo tiempo que cruzamos nuestros horizontes. Esa primera ciudad, es la que nos dice de Certeau, fue determina en la infancia, desde la cual otras se darán.¹¹ Por eso, existe la preminencia de una experiencia, la de cada uno de los viajeros que buscará anteponerla a otras y desde la cual harán un tipo de mimesis con respecto a esas nuevas observaciones. O en palabras de Bachelard (2000), "nos enraizamos en un rincón del mundo". Ese rinconcito, del que se siente morir a su despedida, como entre otros lo expresa con tanta fuerza poética Felipe Pérez (1946), es una ciudad hispanoamericana que no es posible en su concepción sin su plaza mayor. No es casual que entre el "inventario" levantado por Samper (1862) que termina indicando qué ver y qué no en las urbes europeas, las plazas sigan en orden a las calles. Y juntas contribuyan a sugerir una tercera, el origen de la población¹² -que se venía interrogando desde el inicio del viaje. De allí en adelante todo parece, al menos, parcialmente familiar.

Esto se da no solo en las mentes de aquellos viajeros, sino en sus cuerpos. Al ser estos últimos la principal forma de comunicación en la nueva ciudad. Los relatos coinciden en las rutinas. Buscar refugio (un hotel), asearse, vestirse, caminar, sentir las condiciones climáticas, sufrir el cansancio y los dolores corporales tras los recorridos, ver y escuchar en los escenarios de visita. Pero como se ha sugerido, este cuerpo ya se ha entrenado en Bogotá. El *pepito* ha realizado un trabajo de acondicionamiento corporal, desde dormirse tarde, hasta tener la figura que le permita caber entre los pantalones importados. Camina, baila, come. Se trata de una etapa de aproximación a la concepción del cuerpo como movimiento, que en la perspectiva de Richard Sennett (1995) significaría "el apaciguamiento del cuerpo", con lo cual buscaba nombrar el temor a tocarnos producto de "privar al cuerpo de sensibilidad". En su conjunto, Sennet considera

¹⁰ Para autores como José María Samper la diferencia entre las descripciones de viaje y los cuadros de costumbres no era tan significativa.

¹¹ Dicen de Certeau: "La infancia que determina las prácticas del espacio desarrolla en seguida los efectos, prolifera, inunda los espacios privados y públicos, deshace sus superficies legibles, y crea en la ciudad planificada una ciudad 'metafórica' (...)." (DE CERTEAU, 2000, p. 122).

¹² Esta es una preocupación de una sociedad encomendera que todavía no ha concluido, en donde la procedencia y la fundación pesan bastante. Ya nos decía Colmenares que el tránsito a la república no es otra cosa que una transacción caracterizada por los usos del lenguaje. (COLMENARES, 1990).

que semejante fenómeno es el resultado de la realización por parte de los urbanistas barrocos e ilustrados y los proyectos de libertad franceses, de las ideas de William Harvey, relacionadas con la circulación y la sangre, como evidencias de un cuerpo sano. Pero estas ideas sustituían lo moral por la salud, en el marco de una visión más secular, asunto que no les parecía del todo comprensivo a los viajeros colombianos, quienes a pesar de sus acondicionamientos físicos, los mentales todavía se hallaban radicados en las concepciones cristianas de constitución de comunidad.

Por eso, buena parte de la insatisfacción generada con Europa eran sus deficiencias morales, que en los textos se sugería resolver, entre otras cosas, construyendo relaciones con quienes se caminaba. Constantemente sus críticas recaían en la falta de atención de por ejemplo de los londinenses y parisinos, hacia sus congéneres más pobres; mientras que sus vivencias narradas como episodios se llenaban de ejemplos de cuidado –como obligación moral- a los pobres. Aunque ello no deja de resultar paradójico, en la medida que la existencia de miserables era aún más próxima en Bogotá, como nos lo dejó saber Miguel Samper (1898). Sin embargo, todo parece indicar que semejante experiencia terminó por convertir a estos sujetos en caminantes, pero no todavía en mirones. Las experiencias en Regert Street y Regent´s Park en Londres y las calles parisinas, junto con las experiencias de las sillas, los cafés, la calefacción, la iluminación y los baños, ofrecieron un cuidado mayor al cuerpo pero no lo aislaron, pues una de las anotaciones más comunes era evitar quedarse encerrados en los hoteles, aun cuando muchos servicios venían a tocar la puerta de la habitación evitando la molestia de ir a buscarlos. Diríamos con Jaime Rubio (1993) que el cuerpo contribuye a que le hallemos un sentido a la ciudad en medio del movimiento y nos gestemos, como lo hicieron los visitantes de las ciudades europeas, en especial, durante la segunda mitad del siglo XIX, de una idea de ciudad.

A lo anterior deberá sumarse a los lectores, quienes en un ejercicio similar se harán imágenes de lo narrado, de ciudades que no conocen a partir de las que sí han observado. Ellos continuarán ese relato, y como mostrara Freud al poner como ejemplo a Roma, en esas ciudades descritas, el pasado no ha desaparecido, porque en la escritura aquello inexistente estaba junto con lo observado en el presente del viajero.¹³ Esto

¹³Dirá Freud: "Supongamos ahora, a manera de fantasía, que Roma no fuese un lugar de habitación humana, sino un ente psíquico con un pasado no menos rico y prolongado, en el cual no hubieren desaparecido nada

requería de un conjunto de estrategias narrativas para hacer creíble lo que otros no veían, aun y los esfuerzos poéticos de varios autores, que no por ello dejan de reiterar que decían la verdad. La principal de ellas es el relato del pasado de la urbe con el propósito de dar “una panorámica” y desde ese lugar empezar las descripciones. Ya que las historias de las ciudades se ponen entre paréntesis, pretendiendo fiabilidad; así como, la ausencia de una influencia del urbanismo en este tipo de narraciones, lo que no será así en el siglo XX, provoca que de la panorámica se descienda para dar cuenta de esa sociedad que habita las calles, buscando de alguna manera cierta singularidad que tenga “episodios” para narrar. Para autores como Tanco Armero o José María Samper, no era suficiente un tipo de etnografía de la ciudad, especialmente a partir de la narración del pasado de los equipamientos urbanos, pues ellos sintetizan el peso del progreso. Sino que se considera el viaje como una lectura y en este caso, “París es una gran libro”¹⁴.

Se trataba de esfuerzos para tener *toda* la ciudad, pues su amplitud y diversidad hacía que se les fuera de entre las manos. La historia de las ciudades ofrece la confianza en la veracidad de la narración, limitada por las acciones de los propios viajeros. Se depende del uso de su tiempo, de los recursos para llegar a ciertos puntos, de las capacidades para comunicarse y entablar relaciones que le favorezcan el conocimiento de ciertos espacios –aunque la actitud de *dandi* estará presente sin contar las dificultades que deban pasar- y la recepción de amigos y familiares residentes principalmente en el “barrio Latino”. Junto con el aprovechamiento del más recurrente de los recursos, las guías para viajeros. Donde justamente se presenta la ciudad y se invita a realizar un recorrido por ella a través de sus atractivos (monumentos, equipamientos, edificios, etc.)¹⁵, pues el mundo, como lo es para Chateaubriand, resulta ser un museo. Esta

de lo que alguna vez existió y donde junto a la última fase evolutiva subsistieran todas las anteriores.” FREUD, 1930.

¹⁴ Tanco Armero dice además: “Cada paso que se dá en París revela y trae a la imaginación algún hecho histórico; cada calle ha tenido su bautismo correspondiente de sangre, sus barricadas, sus combates; cada edificio, sus víctimas (...)”. TANCO, 1862 p. 138-139. Por su parte Felipe Pérez, como nos lo indica Carmen Elisa Acosta, organiza esa idea del viaje como una lectura a partir de textos que ubica en paredes, puertas, tiradas en la calles o en boca de un sinnúmero de extraños con los que se encuentra. ACOSTA, 2010.

¹⁵ Muchas de estas guías, por ejemplo algunas de las conservadas en la Biblioteca Nacional de Francia, tienen una regularidad anual de aparición, sin que ello implicara una modificación sustancial en su organización y mucho menos en lo dicho. Esto hasta la reforma de Haussmann, cuando estos textos debieron ajustarse. Un ejemplo de guía es la “Véritable guide parisienpour les étrangers” de M. T. Faucon Faucon, publicada en 1855 a propósito de la Exposición Universal llevada ese año en dicha ciudad. En ella se indica justamente la idea

historia de ciudades depende de manera poderosa de la experiencia de los viajeros, pues el interés por calles, plazas, fundación, se acompaña de monumentos y equipamiento urbano, para que finalmente sepamos de las instituciones que en ellos se desarrollan, de los vicios, las cualidades de la sociedad –del cielo que habla en la arquitectura (MOREAU, 1956, pp. 192-193). Todo eso, ante tantos detalles, es sintetizado en un nombre, París.

Algo parecido a una “verdadera ciudad”, “la ciudad propiamente dicha” o cualquier otra indicación similar, correspondía en los textos en mención, a las condiciones físicas de la urbe (fisonomía, expansión, densificación, etc.) y los usos dados por los ciudadanos a esos escenarios, en el marco de una alianza entre lo pasado y el progreso presente. Por eso, es posible extraer del conjunto de los textos referidos un tipo de clasificación de las urbes, caracterizado un tanto por el pesar que expresan los viajeros por la opacidad de las pequeñas ciudades ante el vertiginoso crecimiento de otras. Semejante categorización está además soportada por una cierta visión positivista de la que ya se había referido hace un tiempo Richard Morse (1968). En ella, el lenguaje médico tiene un importante peso para indicar las características de las indicadas tipologías. Palabras como corazón, extremidades, enfermedades, remedios, resultaron más o menos comunes. Todas ellas con el énfasis en que solamente la moral era el medicamento efectivo para resolver todos esos males que aquejaban a los habitantes de las ciudades y a ellas mismas, como el lugar de esa habitación.

Aproximación a la estructura de los textos de historias de ciudades del siglo XIX

A partir de lecturas sobre París y su observación directa por parte de los viajeros colombianos, estos últimos construyeron historias de ciudades que se estructuraban de manera más o menos común a partir de tres líneas proyectivas, que se ramificarían a su vez en: un panorama de la urbe, la descripción de las calles y las condiciones de comodidad. Estas líneas se entrecruzan produciendo diferentes matices, de acuerdo con los intereses de los autores, aunque en su mayoría se encuentran bajo el rótulo de memorias de viaje. De allí que, la organización de las obras siga más o menos un orden cronológico dado por el itinerario del viaje y cuente dentro de sus primeras anotaciones

de París como una ciudad moderna para los extranjeros, asunto por lo cual su autor se propone mostrar la “verdadera” urbe que justifique esa consideración. Además su estructura resulta muy similar al orden tomado por los viajeros colombianos al describir no solo a París, sino muchas de las ciudades europeas.

con una panorámica de la ciudad, en la que se pretende resumir su historia desde su fundación, así como su fisonomía, empezando por las condiciones del territorio próximo y siguiendo con su arquitectura. Para ello, los viajeros encontraron como puntos de referencias los monumentos, los museos y las características de sus construcciones, al pensar que ellos sintetizaban el pasado local. Seguido a eso, era necesario precisar la riqueza de la ciudad, junto con su miseria, y las calles eran un lugar privilegiado para ese propósito. Aun cuando esta otra línea se solía iniciar resaltando los hechos acaecidos en esas vías, sus nombres y el origen de ellos, la descripción se concentraba de manera mayoritaria en sus habitantes. Prostitutas, mendigos, la aristocracia y el ruido, atraían la mirada de críticos viajeros que sugerían no haber visto nada igual, aunque como lo mostrara para el caso de Bogotá, Miguel Samper, la miseria era un común denominador. Sin embargo, es posible abonarles a dichos observadores que probablemente lo ruidoso de las ciudades europeas no tenía comparación alguna con los sonidos antes escuchados. No más el número de pobladores y de transacciones económicas que suponen cierto sonido se diferenciaba radicalmente, lo que terminaba por agotarlos, hasta el punto de privilegiar los momentos de asueto, en donde la soledad ofrecía un silencio anhelado.

En las características de las formas que tomaron los textos de los viajeros respecto a las urbes que observaban, se divisa su recepción de las ideas circulantes de progreso y civilización. A pesar de las condiciones de miseria halladas, el contrapunto ofrecido de la riqueza contaba con un amplio espectro en el que se expresaba precisamente el progreso al que habían llegado las sociedades europeas gracias al entrar en una vía ataviada con rasgos de civilización, que se resumían en su óptica en lo que llamaron las "comodidades"; que a pesar de que en ciertos casos era mayor en el número de sus descripciones y en otros menor, coincidían, al menos parcialmente, en diferenciarlas entre las que ofrecían placeres y mejoras materiales. En lo que respecta a este primer aspecto –los placeres– podríamos asociarlos en dos grupos, por un lado los corpóreos correspondientes a los hoteles, almacenes (especialmente de ropa), los bailes y en su conjunto, la moda. Por otro, los del orden intelectual, expresados en la amplitud y variedad de la prensa, la existencia de nutridas bibliotecas y librerías, así como de imprentas, y la posibilidad de comunicarse con mayor ligereza gracias a sistema de correos y telégrafos. En lo concerniente a las mejoras materiales, las grandes obras impactaban los sentidos con el uso de metales, vidrios, iluminación y otras materias primas, las cuales se radicaban en edificios públicos, ferrocarriles y sus estaciones, y

parques. Entre los edificios que más les resultaban atractivos eran las cárceles, hospitales y hospicios, ello es comprensivo, no solo al considerar las condiciones sociales de ciudades como Bogotá. También, porque los viajeros supusieron que esos escenarios constituían elementos centrales en los procesos de civilizar a comunidades bárbaras, empezando, como buenos cristianos, por las familias. Y que según los viajeros, podían conducir al progreso, porque si este actuaba como un fin, un tipo de ideal, la civilización era un conjunto de prácticas necesarias para llegar a ese objetivo.

En la forma que tomaron los relatos de los viajeros con respecto a las historias de las ciudades que visitaban o sabían de ellas por diversos medios, ese ideal se expresaba desde la partida en París. La capital francesa era *a priori* el culmen de la civilización y el progreso, no era casual que la reiteración del apelativo como "capital de la civilización". En su nombre se sintetizaban las tipologías de ciudades que pueden derivarse de la lectura de los textos de los viajeros, que desde luego no corresponden a las tipologías construidas por historiadores y urbanistas, principalmente, para esa centuria. Así como los textos se organizaban siguiendo el orden cronológico del viaje, dichas tipologías van surgiendo de acuerdo con sus recorridos. Por eso, la primera con la que se encontraban era la ciudad puerto, pues la mayoría de las rutas que iban desde América llegaban a Southampton especialmente, y Liverpool, desde donde se tomaba para Londres y luego la Europa continental. Una tarea similar, según la perspectiva de los viajeros, era ejercida por Marsella, desde donde se salía de Francia para visitar otros escenarios europeos y en menor medida, regiones de Asia. Estas urbes eran caracterizadas por la fuerte actividad mercantil en contrapeso a la escasez de distracciones y otro tipo de placeres.

Luego, solía visitarse a Londres, ciudad particularmente industrial, en donde sus condiciones físicas se describían haciendo énfasis en la riqueza, la mecanización y la contaminación. En las descripciones, prácticamente ninguna urbe se ubicaba en esta tipología, a no ser por París que, como hemos indicado, resume en ella misma todas las clasificaciones elaboradas por los peregrinos colombianos. Seguidamente, estaban las ciudades de paso, las cuales eran nodos dentro de las redes que se concentraban en la capital francesa, y con pocas líneas dedicadas respecto a otras ante su limitada magnitud. Seguido, se encontraban con urbes que de alguna forma quisieron visitar por sus condiciones históricas –ciudad histórica- al vivir de su pasado, pero sin mayor desarrollo material; o, por sus características económicas, como las ciudades comerciales y

agrícolas, como Brujas, Amberes y Bilbao (y New York) para el primero de los casos, o Valencia, Berna o Vovel, para el segundo. En estas últimas las diferentes producciones agropecuarias circulaban por redes que a su vez eran gobernadas por mencionadas urbes. Finalmente, se hallaban las ciudades cosmopolitas y las ciudades capitales. El mejor de los ejemplos, según los viajeros para la primera de ellas era Ginebra, en donde la figura de Rousseau expresaba con lujo las posibilidades de confluencia de un espacio urbano, en particular el flujo de las ideas. Darmstadt, Zúrich y Bruselas eran evidencias de cómo el control de redes de poder, permitía hacerse capital, al mismo tiempo que insistían en el aburrimiento que se divisaba en ellas ante la ausencia de espectáculos públicos que afectaran los ritmos urbanos.

Un cierre, una apertura

Desde mediados del siglo XIX, cuando se incrementaron los viajes de colombianos a Europa y Estados Unidos, y con ellos, la redacción de memorias de los itinerarios en donde se *consignaron* historias de las ciudades que visitaban, se hizo presente la intención de ofrecer una visión totalizante del pasado de aquellos lugares que se observaban. Los viajeros colombianos se constituyeron en peregrinos en busca de su yo y parcialmente de unos padres, de los cuales ya venían leyendo desde hacía cierto tiempo. En ese peregrinar tuvieron que enfrentarse con sus experiencias en las áreas urbanas, y las dificultades de cómo trasladarlas a la escritura. La solución dada por estos hombres ante semejante dificultad fue intentar dar cuenta de *todo* el pasado de las urbes, siguiendo de cierta forma el modelo sugerido por Chateaubriand en su "Itinerario". De allí que, los viajeros colombianos construyeron, sin mayor intención, tipologías de ciudades que constantemente se constituían por la comparación entre la de su origen y la capital francesa.

Pero los viajeros, también llamados *dandis* o *pepitos*, retornaron en su mayoría al país con una notable desilusión. No hallaron esos padres que fueron a buscar y de los que tanto leían, tampoco pudieron apropiarse de París. Así que, esos primeros textos de historias de ciudades, aquellos orígenes de la historia urbana en Colombia, fueron la manera de surtir aquel duelo de eso que ya no estaba, de esas ausencias. Las palabras de Felipe Pérez (1946) deben comprenderse en su amplitud cuando indica que París está construida sobre un cementerio, y que es allí donde se halla lo "percedero de los productores de la historia y de la cultura". El común de los finales de los textos

eraterminar en París, aunque se recorrieran otros lugares de América, Europa o Asia. La razón se concentra en que al final de los mismos textos, los viajeros se quedaban en París, no regresaban narrativamente a Bogotá. Empero, sus cuerpos volvían junto con la desilusión, en otras palabras, con una considerable ausencia. Lo que había sido un sueño ahora era una pesadilla, la morada terminó por hacerse borrosa.

Como en la imagen construida por las palabras de Kandinsky (1989) al decir que, “una gran ciudad firmemente construida de acuerdo con las leyes matemáticas y arquitectónicas, fuera repentinamente sacudida por una fuerza inconmensurable” (p.24-25), los viajeros vieron estremecidas a París. La ciudad trastocada era aquella que habían edificado de manera previa al viaje. Los viajeros retornaron al país, a la ciudad de su infancia, y en medio del damero –la urbe anterior- buscaron levantar una nueva, muy parecida a la “capital del mundo” decimonónico. París se hizo entonces, el archivo que significó un comienzo y un mandato a obedecer, y que como cicatriz, se hizo presente en las historias de ciudades elaboradas de manera subsiguiente. Pero esto último, es una hipótesis que requerirá otros textos. En este sentido, intentar cerrar el presente escrito, es simultáneamente, abrir otros tantos.

Tabla 1. Tipologías de ciudades según la visión de los viajeros colombianos

Tipo de ciudad	Ejemplos	Algunas características
Ciudad puerto	Southampton, Liverpool, Marsella	Era una ciudad donde las distracciones o espectáculos eran escasos, ante la actividad mercantil.
Ciudad industrial	Londres, París	Las condiciones físicas se describían haciendo énfasis en la riqueza, la mecanización y la contaminación.
Ciudad de paso	Friburgo, Fráncfort, Baden-Baden	Pequeñas ciudades ubicadas entre las de mayor magnitud.
Ciudad histórica	Madrid, Aquisgrán, Lyon, Sevilla	Eran urbes que vivían de su pasado, sin mayor desarrollo material.
Ciudad comercial	Bilbao, Brujas, New York, Amberes	La actividad comercial gobernaba el conjunto de las relaciones que se desarrollaban en su interior.
Ciudad cosmopolita	Ginebra	Correspondía a ciudades donde la confluencia de individuos, actividades económicas y rutas, le hacían un crisol cultural.
Ciudad agrícola	Vovey, Valencia, Berna	Estas urbes concentran vastos territorios dedicados a la actividad agrícola y ganadera, o en su defecto las rutas por donde circulaban esos productos.
Ciudad capital	Darmstadt, Zúrich, Bruselas	En estas ciudades se juntaban redes, particularmente las del poder, de allí la ausencia de aspectos como las entretenciones y su caracterización

		como "aburridas".
Capital de la civilización	Paris	Este caso particular no se trata de un ejemplo, sino que era en efecto la capital del mundo.

Referencias

- ACOSTA, Carmen; ALZATE, Carolina. (2010). Compiladoras. **Relatos autobiográficos y otras formas del yo**. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Universidad de los Andes.
- ACOSTA, Carmen. (2010). "Felipe Pérez y la nostalgia del viajero: La realidad en el horizonte de la cultura." En: ACOSTA, C.E.; ALZATE, C. Compiladoras. **Relatos autobiográficos y otras formas del yo**. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Universidad de los Andes.
- BACHELARD, Gaston. (2000). **La poética del espacio**. Bogotá: Fondo de la Cultura Económica.
- BAUMAN, Zygmunt. (2003). "De peregrino a turista, o una breve historia de la identidad". En: HALL, S.; DU GAY, P. **Cuestiones de identidad**. Buenos Aires: Amorrortu.
- COLMENARES, Germán. (1990) "La ley y el orden social: fundamento profano y fundamento divino". En: **Boletín bibliográfico y cultural**. No. 22. Vol. XXVII. Bogotá: Biblioteca Luis Ángel Arango. 1990.
- DE CERTEAU, Michel. (1993a). **La escritura de la historia**. México: Universidad Iberoamericana.
- DE CERTEAU, Michel. (1993b). **La fábula mística**. México: Universidad Iberoamericana.
- DE CERTEAU, Michel. (2000). **La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer**. México: Universidad Iberoamericana.
- DE CERTEAU, Michel. (2006). **La invención de lo cotidiano. 2. Habitar, cocinar**. México: Universidad Iberoamericana.
- FOMBONA, Joaquín. (2010). "Travestimos de Tanco Armero en China y Palestina". En: ACOSTA, C.E.; ALZATE, C. Compiladoras. **Relatos autobiográficos y otras formas del yo**. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Universidad de los Andes.
- FREUD, Sigmund. (1920). **Más allá del principio del placer**. En: <http://www.philosophia.cl>
- FREUD, Sigmund. (1930). **El malestar en la cultura**. www.librodot.com

- HEIDEGGER, Martin. (1994). "Construir, habitar, pensar". En: HEIDEGGER, Martin. **Conferencias y artículos**. Barcelona: Serbal.
- KANDINSKY, Wassily. **De lo espiritual en el arte**. México: Premia Editora, 1989.
- KASTOS, Emiro. (1858). "Los pepitos". En: **El Tiempo**. No. 178. Bogotá.
- LARA, Patricia. (1998). "La sala doméstica en Santafé de Bogotá, siglo XIX. El decorado de la sala romántica: gusto europeo y esnobismo". En: **Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura**. No. 25. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- ARTÍNEZ, Frédéric. (2001). **El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900**. Bogotá: Banco de la República, Instituto Francés de Estudios Andinos.
- MOREAU, Pierre. (1956). **Chateaubriand**. París: Hatier. 1956.
- MORSE, Richard. (1968). "Los intelectuales americanos y la ciudad (1860-1940)." En: HARDOY, J.; MORSE, R.; SCHAEDEL, R. **Ensayo histórico-sociales sobre la urbanización en América Latina**. Buenos Aires: SIAP, CLACSO.
- PÉREZ, Felipe. (1946). **Episodios de un viaje**. Bogotá: Editorial ABC. (1864).
- RICOEUR, Paul. (2006). **Tiempo y narración. III**. México: Siglo XXI Editores.
- RUBIO, Jaime (1993). "La ciudad: lugar y símbolo de comunicación." En: **Signo y Pensamiento**. No. 22. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- RYKWERT, Joseph. (1988). **The idea of town. The anthropology of urban form in Roma, Italy and the ancient world**. Princeton, New Jersey: Princeton University Press.
- SAMBRICIO, Carlos. (1996). Editor. **La historia urbana**. Madrid: Marcial Ponds – Colección Ayer.
- SAMPER, José María. (1853). **Apuntes para la historia y política social de la Nueva Granada desde 1810 y especialmente de la administración del 7 de marzo**. Bogotá: Imprenta del Neogranadino.
- SAMPER, José María. (1862). **Viajes de un colombiano en Europa**. Serie 2. París: Imprenta de Thunot.
- SAMPER, Miguel. (1898). "La miseria de Bogotá". En: SAMPER, M. **Escritos político-económicos**. Tomo I. Bogotá: Imprenta de Eduardo Espinosa Guzmán.
- SENNET, Richard. (1995). **Carne y piedra**. Madrid: Alianza Editorial.
- SENNETT, Richard. (2011). **El declive del hombre público**. Barcelona: Anagrama.
- TANCO, Nicolás. (1862). **Nueva Granada a China y de China a Francia**. Introducción de Pedro María Moure. París: Imprenta de Simón Raçon y Comp.

TORRE, Claudia. (2003). "Los relatos de viajeros". En: JOTRIK, Noé. **Historia crítica de la literatura argentina**. Buenos Aires: Emecé Editores.

VERGARA, José María. (1967). "Las tres tazas". En: **Cuadros de Costumbres**. Bogotá: Biblioteca Schering Corporation. (1866).